

¡RESSURREXIT!

por L. d'Andraitx

Contrapunto

Uno siguió la liturgia de los días Santos, y quiso acompañar su vida con el Drama Sacro, puesta la mejor voluntad en el devoto empeño.

Y uno se asombró de comprobar una vez más que no siempre la buena voluntad es suficiente. Más allá de la voluntad, existe una disposición de ánimo, síntesis y resumen del estado emocional y circunstancial de uno, que favorece o entorpece el hermanarse con lo elegido, querido y nuestro, pero ajeno.

El silencio que siguió a la exultancia de un Domingo de Ramos, aquella casi ausencia de Jesús durante los tres días que precedieron a la celebración de la Pascua, sintonizó perfectamente con la espera asombrada, expectante, muda del escritor.

La humildad del lavatorio, que desazonó a los discípulos; la Santa Cena que ninguno comprendió —sólo, hasta mucho más tarde, en su augusto y misericordioso sentido; el legado Eucarístico, apenas agradecido; el absurdo de un Judas que, después de probar el Pan, supo abandonar el cenáculo con prisas de traición, pude vivirlos con sus características primeras.

Seguí a Jesús hasta el huerto de Gethsemaní, y velé sin sueño su hora más terrible, la hora crucial de su Calvario, la hora en la que el Hijo del Hombre tuvo que aceptar, como hombre, las cláusulas de la Redención, que sólo podía vivir un Dios. Y siendo esta hora, a mi entender la más amarga de todas las horas de la Pasión, y, para mí, la más obsesionante, permanecí bajo los olivos tiempo y tiempo, bebiendo del misterio con sed de comprensión.

Ensimismado en la agonía de sudor y sangre, lleno de la tristeza de la soledad de Dios, no me dí cuenta que el cortejo se dirigía hacia Jerusalén, que Judas había ya besado a su Maestro, que Pedro había ya desenvainado la espada y que, en el resplandor de un postrer milagro, Malcus había sanado.

No; no me dí cuenta. Y, así, ignoré la mascarada del juicio del Sanedrín, los inútiles esfuerzos de un Nicodemo para desviar el orden de las profecías. No me enteré de la malsana curiosidad de Herodes ni del formulismo cobarde de Pilato. No subí la calle de la Amargura. Se me olvidó considerar el gesto manso del Cireneo, la compasión de la Verónica...

Incluso el Gólgota perdí, antes de que las tinieblas ganasen la Tierra.

El estremecimiento de las «siete palabras», la Dolorosa San Juan... Hierros, dados y lanzas... Todo bruma. Yo estaba rodeado de olivos.

Yo seguía en Gethsemaní, pendiente y sediento del milagro de la divina aceptación. No acerté a ver el Ángel Consolador, bajado del cielo, acatando la voluntad de Dios Padre. Permanecí en la agonía de Jesús, en su infinita tristeza, en su desconsolada soledad.

—«Padre, si es posible que pase de mí este cáliz...»

Y el cáliz lo sentía en mis manos. El sudor en mis sienes.

La Pasión proseguía. Y maravillosa y absurdamente, yo permanecía en mi Gethsemaní.

—Perdón, Señor. Yo no supe, por hombre, aceptar prontamente. Demoré en auto-compasiones la hora grave. Narciso enamorado de sus propias lágrimas.

¡Perdón, Señor!

Entre agonías, sorprendíome un «ressurrexit».

El devorador de hombres azota la comarca en un radio de treinta kilómetros, cunde el pánico, los indígenas se refugian en su choza insegura, vivir es un problema angustioso, debatido lejos o cerca de las víctimas que caen bajo el cruel zarpazo o la feroz dentellada del soberbio y astuto felino.

«Desde la cama, a media mañana de un soleado domingo primaveral, contemplo todas las comodidades que la civilización ha puesto a mi alcance. La bien labrada araña de cristal refleja suavemente la claridad que penetra por el amplio balcón. Sobre el mosaico, limpio y bruñido, dos alfombras suaves y acogedoras. El interruptor eléctrico al alcance de la mano. Los sones de una radio. Desde la cocina el rumor de preparativos para una comida variada, sana, apetitosa, reconfortante y grata. Dos pinturas cuelgan del muro, mar y montaña, brisa y pinos, tierras seguras sin otro enemigo que el que uno lleva dentro».

La vida se desarrolla en condiciones miserables. La lujuriantes selva bella y misteriosa, es escenario de luchas continuas, la sangre riega la jungla, no es posible realizar allí grandes planes constructivos, el hombre es incapaz de dominar las fuerzas ancestrales que han resistido los embates de la civilización, del progreso, del reinado del hombre sobre los demás seres que la habitan.

«La radio, la televisión, el cine, el fútbol, cafés bares y restaurantes, pistas de baile, boleras, amplias carreteras, coches bicicletas, trenes, aviones, y barcos la natación el ski el montañismo por terreno amigo, grato; calefacción y refrigeración, vinos, cerveza, licores, refrescos, helados... frutas de varia clase, ropa no para el frío y el pudor sino para seguir la cambiante moda...»

Para todos dos medidas, dos estilos de enjuiciar el presente de cada uno; mirar hacia atrás o hacia adelante. Alegrarse considerando la situación del que vive peor, o llorar contemplando el plato lleno de los afortunados. Dos extremas actitudes entre las cuales cabe una variadísima escala de sentimientos.

Es lícito y aconsejable mirar hacia adelante, empujar. El empuje de nuestros antepasados convirtió nuestras selvas en tierras cultivadas, nuestras chozas en casas de pisos, nuestros senderos en carreteras y ferrocarriles. Y es sano descansar a la vera del camino gozando del presente. El arco en continua tensión, pronto se rompe. ¿Para qué tanta ambición, tanto codazo, tanta zancadilla, tantas horas extraordinarias? Quizá poseer una nevera eléctrica o unos zapatos de piel de cocodrilo o una Vespa o una vajilla de porcelana, no es tan importante como unas horas de relajación, de descanso, de vida contemplativa.

El progreso debe ser impulsado, no hay duda, pero, entendámonos; debe ser impulsado como un medio que conduzca a nuestro bienestar. No como un fin, ciego, avasallante, opresivo.

Antonio Miralles Manresa.

¿Por qué volteaba alegre el bronce? ¿Por qué, sin transición, amaneció un sol radiante entre el follaje espeso de un olivar sin luna, de una noche sin traiciones, sin que un solo gallo cantara la vergüenza de Pedro, sin que la Tierra se estremeciese bajo el peso de la Cruz erguida?

¡Ressurrexit! ¡Ressurrexit!

Y mi ángel de Gethsemaní se sentó en la piedra de un sepulcro.